

El Archivo Antonio Reynoso

Jorge Noriega

Me piden en *Alquimia* unas cuartillas en las que relate la historia del Archivo Antonio Reynoso; y esto, que podría ser el aburrimiento total, no lo es gracias a la figura de Antonio, tan inquieta y anecdótica. Amigo y discípulo de personajes como Álvarez Bravo y el otro Manuel, Rodríguez Lozano, encontró con ellos la forma de tratar con la belleza que siempre persiguió. Para Antonio, enemigo declarado de toda forma de academicismo, lo bello siempre estaba frente a él. Lo mismo en un muro en ruinas que en las manos de alguna mujer. El olor en el aire después de un aguacero, los ritmos en los ceremoniales zen, las voces de algún coro cantando a capella, una buena novela, todo tenía para él algún significado oculto en los pliegues de la forma. Juan Rulfo, quien compartía mucho de esto con Antonio, lo visitaba, juntos filmaron ese cortometraje de apenas doce minutos tan lleno de tiempo, muerte y vida, *El despojo* (1960).

Y al mismo tiempo, Antonio admiraba la técnica. Su casa estuvo siempre llena de fierros viejos, de lentes y cámaras. Todo lo modificaba: su ampliadora, todavía en funciones, es una mezcla de ópticas, fuelles y espejos que conforman un aparato sólo comprensible para aquellos a quienes les enseñó su muy simple manejo. En el cuarto oscuro hay una colección de frascos conteniendo los más diversos químicos, desde la muy común hidroquinona hasta una diminuta cantidad de oro líquido. Y todo lo usó, con todo experimentaba. Por eso en el archivo hay tantos negativos casi imposibles de trabajar como aquel en el que Rulfo aparece en una capilla abierta del poblado en donde filmaron *El despojo*.

Y en medio de la serenidad, el desorden absoluto. Entre herramientas, libros, componentes de computadora y sabría sólo él cuántas cosas más, era imposible encontrar algo. Aún así lidiaba, con los pequeñísimos tornillos de algún lente Zeiss o engrasaba con grafito las hojas de cualquier diafragma. Es por eso que durante mucho tiempo Regina, su hija, insistió con su papá para que los negativos e impresiones tuvieran la atención, el cuidado necesarios. Le preocupaba, y con razón, que la obra se deteriorara.

El 11 de abril del 96 Antonio murió.

Vino entonces el muy necesario trabajo de rescatar carpetas, de clasificar y ver el estado de negativos y copias. Aparecieron verdaderos tesoros, fotos desconocidas para todos; están Orozco, Rivera. Hay un bellissimo desnudo fechado en 1940 que Reynoso aparentemente nunca valoró. Y un retrato casual, desenfadado y libre de Manuel Álvarez Bravo; la fuerza y agilidad de esa imagen la convierten en pieza excepcional dentro del gran acervo de retratos hechos al maestro.

En eso se estaba cuando al llegar a la carpeta donde debería estar el negativo de la foto más conocida de Antonio, aquella que es ya casi un lugar común de la fotografía mexicana, *La gorda*, se descubrió su ausencia. En vano se buscó el negativo hasta en los lugares más inverosímiles; se hizo memoria colectiva entre los cuates para encontrar pistas. Y surgió una. Aterradora: tiempo atrás, y con gran disgusto de Antonio, quien a saber por qué aceptó, se hicieron unas postales del tan socorrido desnudo; seguramente el negativo estaría, entonces, en las manos de quien pensó el negocio. Las consultas con Ramón Obón, el célebre abogado especialista en derecho de autor fueron descorazonadoras. ¿Había registro de la obra? No. Entonces, nada que hacer. Hablar con



Antonio Reynoso, *Sin título*, ca. 1970. Col. Archivo Antonio Reynoso

quien quizá tenía el negativo era la única esperanza. Pero el caso tenía sus bemoles: ¿quién de los múltiples tramposos había convencido a Reynoso para hacer las dichas tarjetas? Él nunca quiso hablar del asunto, quizá por haber sido engañado con la foto que más le gustaba. Y de pronto, la sorpresa. Paralelo al trabajo de rescate, estaba el arreglo del cuarto oscuro. Hubo necesidad de mover la enorme ampliadora, se aprovechó la ocasión para limpiarla y en el portanegativos estaba *La gorda*. ¿Cómo no se buscó ahí? En fin.

Aquí entra José Antonio Rodríguez, ese acucioso conocedor de la historia de la fotografía mexicana; el único especialista a quien Antonio consideró honesto. En una de tantas visitas a Louisa, la esposa de Antonio, propone formar lo que ahora es el Archivo Antonio Reynoso, restaurar lo que haya de restaurar. Hacer y publicar un libro. Y antes que nada, registrar la obra en su totalidad. Louisa, encantada, acepta. La amistad, aunque ya vieja con José Antonio, se afianza, se convierte en causa común: el rescate del trabajo del fotógrafo. Es necesario, imperativo, conseguir ayuda. Hay que pagar expertos, sería bueno digitalizar el material. Hay esto, hay lo otro. Y se piensa pedir una beca al Fonca. La misma que Antonio nunca quiso solicitar por su decidida, razonada oposición a todo lo que olera a oficialismo. Actitud hecha pública, con pelos y señales, en una entrevista publicada en *El Financiero*, que le hizo Rodríguez. Pasan semanas entre dudas



Antonio Reynoso, *Henri Cartier-Bresson*, México, 1964. Col. Archivo Antonio Reynoso

y vacilaciones. Pero José Antonio tiene razón: la obra está arriba, muy arriba de las perversidades del sistema. Y se obtiene la famosa beca.

En relativamente poco tiempo el archivo cobra forma; los negativos que lo necesitan se restauran. Además se hacen, en el cuarto oscuro de Antonio, y con la ampliadora de marra, copias finas mediante la técnica impecable que usó Reynoso. Se avanza. Y la investigación de Rodríguez para el libro que Antonio tanto deseó, enciende luces, alumbrando la memoria de Louisa. Se retoma el magnífico texto de Salvador Elizondo, tan elocuente al hablar del trabajo fotográfico de Reynoso. Louisa está feliz. Se hace costumbre el sentarse con ella para tomar unos tequilas y hacer memoria. Así se sabe que la historia de *La gorda* es muy otra a la que alguien hizo correr: no, no conoció Antonio a Trini en las calles de Coyoacán. Ni le pidió que posara para él. Trini era una vecina que cocinaba (de maravilla y al alimón con Louisa) para la familia. Mujer bragada, en cierta ocasión rescató la licuadora de Louisa y algunos otros implementos que un raterillo, quien se introdujo en la casa, se robó; furiosa por el atraco, Trini investigó en el barrio, dio con el pobre diablo y le quitó las cosas. ¿Cómo se las arregló Reynoso para que mujer tan brava se quitara las bragas y lo demás a

modo de fotografíarla en el dintel de la puerta? Como se arreglaba siempre para hacer tantos desnudos, con esa simpatía exenta de malicia.

Así, entre anécdotas, recuerdos, alegrías y tristezas, el archivo es hoy una realidad. Se puede ver y consultar. Incluso, y esto haría las delicias de Antonio dado el uso de la técnica, hay una dirección electrónica: servet@prodigy.net.mx y una serigrafía del desnudo aquel de 1940, para promoverlo.

Y venga una última anécdota: Antonio y su nieta tenían una relación muy bella. Un buen día, cuando la bañaba como solía hacer, me pidió un poco de selenio para una copia en dieciséis por veinte que había casi terminado. Y le platicó a la niña algo a propósito de la foto. Regina, en su inocencia, le puso una pega —Pero papi, esa señora no tiene calzones. El abuelo la miró con simpatía. —Pero es bonita. —Eso sí. Y eso que está muy gorda. Desde entonces Antonio se refirió a su foto favorita como *La gorda* y decía que “Ginis” así la había nombrado.



Antonio Reynoso, *Sin título*, ca. 1970. Col. Archivo Antonio Reynoso

El Archivo Antonio Reynoso está abierto para su consulta a investigadores, museos, editoriales e instituciones culturales, previa cita y solicitud al correo electrónico señalado.